

Mensajes con Sustancia

Por Tomás Guendelman Bedrack



Tomás Guendelman Bedrack, Ingeniero Civil de la Universidad de Chile y Master of Sciences de la Universidad de Berkeley, es profesor titular de la Universidad de Chile, de Santiago y Universidad Mayor. Es past President de la Asociación Chilena de Sismología e Ingeniería Antisísmica, (ACHISINA) y Presidente de IEC Ingeniería S.A.

Tengo muy presente que la enumeración de hechos, nombres o circunstancias, puede resultar muy injusta, atendiendo a aquellas componentes que quedaron en el tintero, por olvido o por falta de rigor. Sin embargo, y a pesar de ello, me parece legítimo identificar algunos mensajes que he recibido en mi vida, sin preocuparme por el privilegio que les doy por sobre otros no menos meritorios, cuya inclusión o mención haría desvanecerse el efecto que busco en esta columna. Tales mensajes diré que tienen “Sustancia”.

La palabra sustancia trae a mi mente aquellas imborrables tardes de domingo en el Estadio Nacional, cuando con mis amigos de la infancia -y de toda la vida- disfrutábamos de lo que pasaba en el recinto deportivo: rifas de pelotas de fútbol; vendedores de maní tostado, bebidas y café, pero por sobre

“El momento más propicio para aprender es el instante que sigue a la prueba”

todo, del *rico veneno* y *sustancias de gallina soltera*, que los niños de hoy conocen como “*marsh mellow*”. Quien las ofrecía era un extraordinario personaje, porteño, fanático del Wanderers, que con un agudo timbre de voz destacaba sus prodigiosos antibeneficios: “*Mata en segundos moscas, zancudos, polillas, suegras y todo tipo de insectos molestos*”. El individuo daba una vuelta completa al estadio y los efectos de su presencia se podían seguir durante todo el partido, desde cualquier lugar. En la “*galucha*”, donde nos instalábamos, podíamos sentir las risas que se propagaban como “*olas*” siguiendo al vendedor. El personaje empezó a identificarse con su producto y por años, hasta que desapareció, se le llamó, simplemente, el *rico veneno*. Qué contraste con la falta de sentido del humor que se observa en estos días en la promoción de artículos de consumo, y muy especialmente en el mundo de la farándula, donde campea la grosería y el mal gusto.

El mensaje con sustancia más lejano que recuerdo se lo escuché muchas veces a mi abuela materna, Dora, nacida en Rusia, al igual que mis otros tres abuelos, con el hermoso nombre Dvorka Moiseievna, es decir, Dora hija de Moisés. Esta mujer, trabajadora y acogedora, me brindó los primeros relatos y cuentos infantiles que conocí y que ella traía en su mente infinita desde su lejana Odessa. De los cuentos recuerdo poco. Tal vez eran los mismos que todos los abuelitos entregan a sus nietos, pero de lo que no me puedo olvidar es de un mensaje en Yiddish, su lengua materna, cuya traducción aproximada es: “*No muestres a un tonto tu trabajo a medio hacer*”.

En estos tiempos, en que las cosas cambian en forma tan rápida, existe la tendencia casi inevitable a apresurarse más de la cuenta en poner en ejecución creaciones que no han cumplido con todo el itinerario necesario para su correcta aplicación. Lo vemos en muchísimas medidas administrati-

El mensaje con sustancia más lejano que recuerdo se lo escuché muchas veces a mi abuela materna, Dora, nacida en Rusia: “No muestres a un tonto tu trabajo a medio hacer”.

vas o de gestión que se lanzan al tapete en forma precipitada, produciendo estragos sobre los que no es necesario abundar en detalles. Si aplicamos el modesto mensaje de mi abuela, deberíamos deducir que la falta de tino del autor, lo que no es equivalente a negar su legítima competencia, provoca la injusta calificación de “*tontos*” a quienes no entienden el alcance de su creación, producto único y exclusivo de haberlo expuesto en forma atarantada e inoportuna.

Cuando cursaba tercera preparatoria en la Escuela Olea, el Director del establecimiento me dijo: “*Niño, apunta antes de disparar*”. Su frase surgió en un examen oral que me realizó y en el que me pedía que diera algunos resultados de operaciones simples de aritmética a las que yo, en forma sistemática, respondía con apresuramiento y, por supuesto, sin acertar casi a ninguna. De este mensaje tal vez saqué bastante provecho personal, pero lo más importante que me produjo, siendo ya adulto y profesor en la universidad, fue detectar el momento más propicio que tiene el estudiante para aprender: el instante que sigue en forma inmediata a una prueba.

Ustedes tendrán que convenir conmigo en que, muchas veces, a la salida de la sala, y en búsqueda de la solución al problema que no entendimos o al que no supimos dar respuesta, surge el aporte de quien no tuvo ese inconveniente y que con unas pocas palabras iniciales nos hace golpear nos la frente con la mano y recriminarnos por nuestra falta de imaginación. Aprovechando ese instante es que, después de una prueba escrita en los cursos que dicto, el alumno puede rehacer el trabajo en casa, traerlo al día siguiente y obtener un “*bono*” en su calificación. Los alumnos creen, en un comienzo, que es una exigencia desmedida, pero al cabo de más de treinta años, he podido apreciar que los efectos positivos superan con largueza el esfuerzo extra del estudiante, medido tanto en el “*bono*” como en los conocimientos adquiridos. Pienso que esta suerte de “*feedback*” es indispensable y me pregunto, en relación a las pruebas de evaluación que se practican en nuestro sistema educacional, si: (1) ¿Conocen los colegios y sus alumnos cuáles fueron sus respuestas erróneas en las pruebas SIMCE o PSU?; (2) ¿Qué se logra con el solo hecho de dejar constancia de un puntaje que, salvo tratarse de extremos negativos o positivos, no entregan ninguna información remedial para el reconocimiento de errores o para la detección de dificultades de aprendizaje?; y (3) ¿Se puede seguir manteniendo como principal argumento del

fracaso la dispar realidad económica de nuestra sociedad, si no nos damos cuenta que quienes necesitan remedios son los enfermos y no los que gozan de buena salud? Parece que más de alguien está disparando antes de apuntar.

Me salto más de medio siglo, no porque en ese período no haya pasado nada digno de incluirse entre los mensajes con sustancia, sino por lo que señalé al comienzo de esta columna. Por lo demás, en casi todos mis artículos anteriores, he hecho mención de innumerables personajes que dejaron profundas huellas en mi vida y que, por lo tanto, al no incluirlos en este recuento, no los estoy ignorando. Simplemente, quiero concluir este artículo refiriéndome a dos experiencias recientes que tienen sobrados méritos para incluirlas en este recuento: la extraordinaria conferencia de Steve Jobs en la Universidad de Stanford y la extraordinaria conferencia que dictó el profesor Igor Saavedra, en nuestro Colegio, el pasado mes de Abril.

La conferencia de Steve Jobs es imperdible. Dura sólo 15 minutos y se puede ver en Internet, con subtítulos en español. No doy más pistas, pues mi mejor aporte consiste en invitar a quienes no la hayan visto aún a visitar el sitio web en que se encuentra: <http://video.google.com/videoplay?docid=3014637678488153340>. Estoy cierto que aquí encontrarán sustancia en abundancia, de gallinas solteras y casadas.

Similar efecto nos provocó a todos los asistentes la notable e inesperada conferencia del profesor Igor Saavedra, quien presentó su visión comparada de las culturas Greco-Judeo-Occidental con la Oriental, enfatizando de preferencia en la de China. Para gran sorpresa de la concurrencia, el profesor Saavedra desarrolló toda su ponencia en torno a su personal experiencia de salud que, conforme al protocolo occidental, le auguraba sólo tres años de vida, de calidad dramáticamente decreciente. Su claridad mental y rigor científico le permitieron buscar y encontrar apoyo complementario en el protocolo oriental, lo que lo tiene, trece años después, en condiciones casi idénticas a las del comienzo de su enfermedad, evitando a veces, y superando otras, estados de intenso dolor o de extremas limitaciones físicas. Sus conclusiones son extraordinarias y muchas de ellas construyen todo un arsenal de **mensajes con sustancia**. Esta entrevista se encuentra grabada y se puede solicitar en el Colegio. Pídanla. No se arrepentirán.